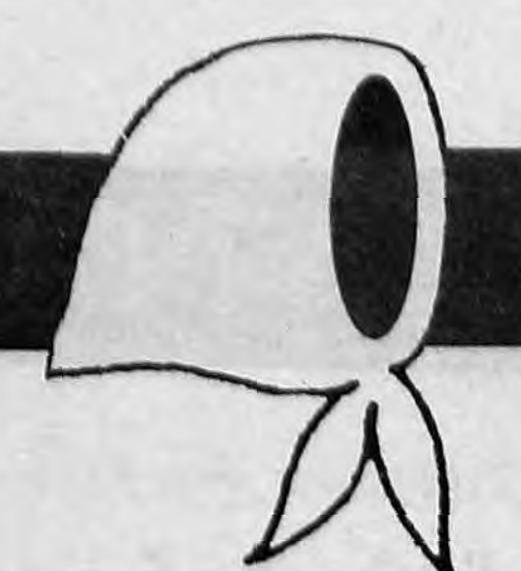


Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



CLAUDIA KOROL

"La sinrazón, en los tiempos del cólera"

Poriajhú significa "pobre" en guaraní. Estas escenas transcurrieron en un taller de educación popular realizado en la provincia del Chaco, con adolescentes y jóvenes pertenecientes a la Unión de Campesinos "Poriajhú". Los jóvenes que allí se encontraban son parte de esa franja de nuestra sociedad que hoy habita los territorios de la exclusión social. El nombre mismo de su organización así los autoidentifica: campesinos pobres. Su exclusión parte de las condiciones materiales de "inexistencia" en las que sobreviven penosamente, pero abarca también a una cultura que "niega" (incluso desde franjas de la izquierda) a este sector. (Cuántas veces escuchamos en izquierdísimos debates sobre "el sujeto de la revolución", la insistencia en la idea de que "en Argentina no hay campesinos", enfatizada de manera tal que pareciera que con el poder de la palabra se logra inventar o desaparecer la realidad.)

Ellos, los que no existen, debatían en un local construido en medio del campo, en un lugar creado para sí mismos, inventado con sus propias manos, las posibilidades de ser. Pero para ser, a los campesinos les falta no sólo trabajo, no sólo herramientas de trabajo, no sólo créditos, no sólo tierras, no sólo salud, no sólo comida. También les falta –ellos sienten– palabras. Ellos creen que sus palabras, sus maneras de hablar, no sirven para designar lo que quieren, lo que necesitan, lo que sueñan transformar. Comenzar "a hablar" en un taller, a expresar sus opiniones, a discutir, a construir ideas, no resulta sencillo. Más aún si son jóvenes.

"Los jóvenes estamos en la oscuridad" había alcanzado a decir José en un encuentro anterior. "¿Cómo es la vivencia de la oscuridad?" le preguntamos entonces. Y con una venda tapamos los ojos de "la gringa", que intentó caminar sin ver, temerosa e insegura. "La oscuridad es nuestra ignorancia. La oscuridad es nuestra miseria. La oscuridad es nuestro miedo", dijo al sacarse la venda de los ojos. Y como quieren "ser" de todas formas, decidieron entre las prioridades de su organización, junto a la resistencia, la formación de sus militantes, desde la educación política e ideológica hasta la alfabetización.

"Leer la realidad, *escribir nuestra historia*" pusieron como lema de la campaña de alfabetización, que van preparando colectivamente con una lógica que abarca desde la experiencia de Paulo Freire basada en la *Pedagogía del oprimido*, el "Ocupar, Resistir y Producir" de los Sin Tierra del Brasil, el "Para todos todo" zapatista, hasta la recuperación de la historia de luchas populares en la Argentina. Parte de este esfuerzo es la formación del grupo de jóvenes y adolescentes que son parte de su organización, y de ellos es este taller. "Al campesino le cuesta decir la primera palabra" había pronunciado Tati su sentencia. Y esa primera palabra era la que queríamos encontrar...

"¿Cuáles son los problemas de los jóvenes?" discutieron en grupos pequeños y luego dramatizaron. Todos hicieron, con variantes, la misma escena: la falta de trabajo y sus consecuencias. La desesperanza, la desesperación, la búsqueda de salidas en el robo, la droga para escapar, el robo para conseguir la droga, la represión, la anestesia para sobrevivir, las muchas maneras de evadirse, el alcohol, el dormir todo el día, el desinterés por un mundo que los rechaza y los condena, la noción de que la injusticia es la ley, la conciencia sutil de la impunidad de los poderosos, de su corrupción, de su omnipotencia, y del castigo a la condición del pobre, su propia impotencia, la fragilidad, el miedo, la noción de que hay un tipo de vida al que nunca van a acceder, la dificultad de saber que no serán ellos ninguno de los "modelos" consagrados por los valores dominantes. Para las chicas, la búsqueda del muchacho que "las rescate" del campo y las lleve a otro lugar, cualquiera, donde es preferible ser una mujer golpeada que vegetar en un monte difícil de trabajar. El "príncipe azul", (el muchacho que antes nombramos), desesperanzado, destrozado, desesperado. Las adolescentes embarazadas a los 14 años, con sus hijos a cuestas, desnutridos.

No estoy hablando de la locura, estoy hablando de la "normalidad" capitalista.

Los jóvenes representan la búsqueda de trabajo como mendicidad. Las largas colas, las entrevistas, son una secuencia de humillaciones. Los patrones se abusan. Si las que buscan trabajo son chicas, se abusan más. Algunos aceptan las condiciones inhumanas. Otros no la toleran. Ellos siguen representando lo que consideran "sus" problemas.

La mamá de Luis está enferma y él no tiene dinero para comprar los medicamentos. Su papá está desocupado y cada vez más depresivo. Se emborracha. Si se descuida, le pega a él o a sus hermanos. A su mamá lo hace casi por costumbre. Su mamá necesita esos medicamentos. El ya es grande. Tiene que ayudarla. Sale a robar. No sabe robar. Es la primera vez. Lo detienen y lo llevan a una comisaría. Lo golpean salvajemente. Luis no quiere mendigar. Luis piensa que más digno es robar que mendigar. Pero a Luis le duelen los golpes y en la celda de la comisaría, lastimado, indefenso, llora. Piensa en la revancha. Quisiera fumar, volar, escaparse...

No estoy hablando de locura, estoy hablando de la "normalidad" capitalista.

La que sí está loca, dicen, es María. Cansada de criar a los 10 hijos que "le hicieron" antes de cumplir los 30 años, tiene el rostro como pergamino y súbitamente perdió la memoria y nada recuerda, ni a sus hijos, que andan ahora desamparados en el campo. María quiso olvidar y olvidó. Se volvió loca dicen unos. No. Dicen otros.

Rita estudia teatro. No es campesina. Pero algo, quién sabe qué, la llevó desde las experiencias del "teatro del oprimido" que aún resuenan en esos pagos, a acercarse a los jóvenes campesinos, hasta integrarse en sus luchas y en sus búsquedas. Rita pertenece a HIJOS. Luego de mucho indagar en su vida, junto a sus compañeros de desamparo, buscando comprender quién es y por qué es quien es, y por qué tuvo que saber quién es abriendo un boquete en la desmemoria social (tanto o más grande que la de María), se acercó a este movimiento que flamea sus banderas rojas con el algodón como emblema.

"El algodón, la riqueza del Chaco, lo que nosotros producimos cuando reproducimos nuestra pobreza" dicen los Poriajhú cuando explican su bandera. "Roja es la sangre de los mártires". Roja es la bandera.

Rita quiere acción, más acción. El teatro es actuación. Y en ese taller pone lo suyo. "Visita" a Luis, que llora en la comisaría. Le habla desde su historia, desde nuestra historia, que le arrebató a sus padres. "No llores", le dice. "No le des el gusto a la yuta. Si te ven mal, se aprovechan. Mi viejo decía que en las cárceles hay que cantar".

"¿El también salió a robar?" pregunta Luis. "El salió a luchar por la dignidad, por la tuya y por la mía." Responde Rita... "Me costó entenderlo. Tanto tiempo le reproché su ausencia. Tanto tiempo lo responsabi- ▶



"La sinrazón, en los

CLAUDIA

licé de mi abandono. Tanto tiempo quise saber de él. Tanto tiempo lo necesité. Tanto me costó crecer sin su apoyo. Tan pocas cosas me quedaron. Aquella carta que dice que en las cárceles hay que cantar. Cantá, Luis. No llores. Voy a buscar a los compañeros." No estoy hablando de locura, estoy hablando de la "normalidad" de esta Argentina atravesada de ausencias, fragmentada en su origen, recortada sobre el perfil del terror, despedazada.

Es en esta Argentina y no en otra, no es en otro canal, donde jóvenes y adolescentes multiplican cotidianamente el suicidio, como respuesta a la negación previa de que fueron objeto. Jóvenes y adolescentes multiplican las explosiones de "violencia sin sentido". ¿Sin sentido? La pérdida de sentido parece ser la condición para seguir siendo. Jóvenes y adolescentes buscan en la droga el recurso para sobrellevar estas formas de inexistencia. Jóvenes y adolescentes son empujadas a la prostitución como "salida laboral". Jóvenes y adolescentes consideran que la "normalidad" preferible es ser víctimas de la violencia doméstica.

¿Qué les propone el "mundo adulto" a estos jóvenes? Gatillo fácil. Represión. Pegamento. Cerveza. Un porro. Dos. Ser los que llevan y traen. Los que mueren por un mango. Pizza, faso y birra, dicen. Cárceles. Manicomios. O ese lugar sin rejas que ellos viven como una cárcel: el trabajo esclavo en el campo. El trabajo por nada. El trabajo humillante.

Los 10 hijos de María perdieron a la madre. No tienen ni una carta que les enseñe cómo resistir, salvo la carta del olvido y la evasión. Alejandro, el mayor, cuida de sus hermanos. El no se va a ir del campo, dice. Su hermanita, de 11 años, prepara la mamadera del bebé. María no recupera la memoria. Sus hijos no logran mirar hacia el futuro. Sólo pueden pensar en la comida para hoy, para matar el hambre. Cultura de sobrevivencia, de despojo, de inmediatez, de pragmatismo.

Hablan de la dignidad. Hablan de los punteros políticos que llegan con una bolsa de comida para comprar el voto. Algunos dicen que no hay que aceptar esas bolsas de limosnas. Que no hay que venderse. Alejandro mira a sus nueve hermanos. "No hay que aceptar esa limosna", se dice en voz alta. "¿Qué comeremos mañana?". No pregunta. Calla. "Hace falta trabajo, no limosnas. Ni planes Trabajar, ni bolsas de comida. Tenemos manos, tenemos músculos, tenemos piernas. Podemos trabajar. No somos mendigos. No somos animales. Trabajo. Trabajo es lo que tenemos que exigir. No que reclamar. Trabajo." Dramatizamos la situación. El tema es: la dignidad.

"¿Qué les propone el 'mundo adulto' a estos jóvenes? Gatillo fácil. Represión. Pegamento. Cerveza. Un porro. Dos. Ser los que llevan y traen. Los que mueren por un mango. Cárceles. Manicomios."

Fabiana representa a una mujer, con cinco hijos. El puntero de la zona llega antes de la elección. Le ofrece una caja de comida. Fabiana dice que no. Su hermana dice que sí. Hacen un diálogo entre las dos. "Agarralo, no seas tonta", le dice la hermana. "Después votás a quien quieras". "No. No está bien eso. No está bien mentir. No está bien aceptar limosna. Somos personas". Dice Fabiana. "¿Y qué van a comer tus hijos?", pregunta su hermana. "Somos personas. Ellos, los políticos, piensan que a las personas se las compra y se las vende. Ellos se equivocan". Responde Fabiana. "Vos estás loca", dice su hermana. "Somos personas", repite Fabiana como escudo. "Somos personas". "Vos estás loca", repite la hermana.

Ellos no quieren a los punteros. Dicen que son los que llevan y traen limosnas. Dicen que son los que rompen los grupos solidarios. Dicen que son los que atontan a la gente con sus mentiras y sus mendrugos. Dicen que son los que se les meten en la casa antes de las elecciones y desaparecen el día después. Dicen que son los capataces del poder. Ellos piensan que tal vez la política pueda ser otra cosa. No esta manera de utilizar a la gente, de maladministrar la miseria. Ellos piensan que las elecciones sirven para dar trabajo a los punteros. Pero que todo lo que se puede esperar de las elecciones es lo que pasa antes: la bolsa de comida, un colchón, un trabajo temporario. Después, ya no pasa nada más. Dicen que no les gusta la política.

No estoy hablando de locura, sino de la normalidad capitalista. Estoy hablando de la Argentina del siglo XXI.

Antes de que oscurezca, los más chicos, los niños poriajhú, vienen con sus títeres recién hechos y muestran a los más grandes una obra preparadapor ellos después de enterarse de que los niños tienen derechos. Los títeres son hermanos que quieren estudiar. Sus padres no los pueden mandar a la escuela, que queda lejos, y los tienen trabajando la tierra junto a ellos. Los niños, con sus títeres gritan: "¡queremos ir a la escuela!, ¡queremos ir a la escuela!". Martina, mi hija, aplaude a los títeres, pero con sus cuatro años no entiende por qué los niños tienen que luchar para poder estudiar. Martina no entiende la normalidad capitalista.

A la noche, en el fogón, don Wichón cuenta las historias de la lucha por la tierra. Son historias que traen ecos de los bisabuelos tobas, wichis, guaraníes, desalojados violentamente por el conquistador. Son historias de los desaparecidos primeros, de los exterminados por el avance triunfal del capitalismo. Son historias que quedaron registradas en el color de la tierra. Las historias de los vencidos.

Don Wichón cuenta con voz pausada relatos de resistencia. Los nietos y bisnietos lo escuchan con atención. Miran sus manos, miran sus rostros. Su piel es la misma que la de aquellos desaparecidos que nadie recuerda ni nombra. Su pelo es el mismo. Su sangre, la que aquellos lograron fertilizar. Ellos son los mismos, comienzan a sospechar, los hijos de esa tierra, los primeros, los despojados. Don Wichón cuenta de La Forestal, y luego trae los relatos de las ligas agrarias. Don Wichón dice que hay otra forma de hacer política, no la de los punteros. El asegura que la política no es mala, que puede ser la forma en que la gente se vuelva persona. El asegura que la política puede ser noble, como lo fue para los muchachos de las ligas agrarias. El asegura que la política puede ser una causa, una entrega, un sacrificio, no una carrera personal, no un sálvese quien pueda. El cuenta con orgullo las historias de la resistencia. Nadie queda para contarlas, él dice. Su voz es la voz de todos los que tiñeron de rojo la bandera. Don Wichón tiene una voz grave, una voz de circunstancia. Por él dicen su palabra los que callaron. Por él hablan los caídos.

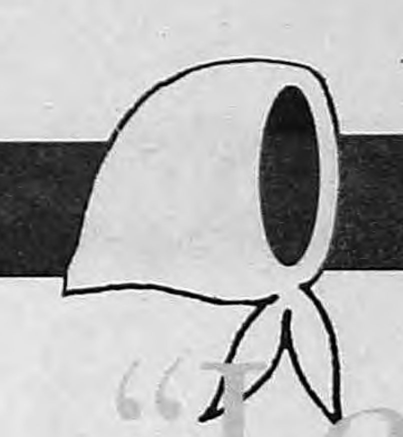


Rita lo escucha. Es la voz de su padre. Luis escucha. Es la voz de su abuelo. Alejandro escucha. Es la voz de su madre. El fuego acompaña las sombras que pueblan la noche chaqueña. El fuego arde alumbrando rebeldías. El cielo está poblado de estrellas y la luna, más grande y más hermosa que nunca, acaricia con su pálida luz los rostros de los jóvenes niños que escuchan los cuentos del abuelo. Ellos cantan un chamamé que habla de la inundación. Aquí todo resulta verdadero. Hasta el hambre. Aquí todo parece verdadero. Hasta la luna.

Pero las historias se van apagando como el fuego. Cada cual se encuentra con su historia personal. Los sin tierra, sin trabajo, sin escuela, sin futuro, al menos van encontrándose con sus raíces, con su memoria. Los hijos de María se apiñan al lado del fuego y beben como el agua en el desierto las palabras de don Wichón.

Juntos escuchamos una canción de Teresa Parodi. Teresa canta desde la tierra misma de su voz: "dónde están mis compañeros/ no puedo cantar si no tengo su fuego." Alrededor del fogón, los jóvenes van nombrando a los compañeros. Los que van por el mismo camino, los poriajhú que todavía no conocemos, el papá de Rita, los que lucharon con don Wichón desde hace siglos, los mapuches que conocieron en algún otro cruce de caminos, los sin tierra del Brasil, los trabajadores que cortaron el puente que une al Chaco con Corrientes, los estudiantes de agronomía que hacen pasantías en sus casas y en sus campos, los desocupados, los piqueteros, los que regaron la historia con su sangre, sus madres, sus hijos,





"La sinrazón, en los tiempos del cólera"

"La sinrazón, en los tiempos del cólera"

CLAUDIA KOROL

▶ licé de mi abandono. Tanto tiempo quise saber de él. Tanto tiempo lo necesité. Tanto me costó crecer sin su apoyo. Tan pocas cosas me quedaron. Aquella carta que dice que en las cárceles hay que cantar. Cantá, Luis. No llores. Voy a buscar a los compañeros." No estoy hablando de locura, estoy hablando de la "normalidad" de esta Argentina atravesada de ausencias, fragmentada en su origen, recortada sobre el perfil del terror, despedazada.

Es en esta Argentina y no en otra, no es en otro canal, donde jóvenes y adolescentes multiplican cotidianamente el suicidio, como respuesta a la negación previa de que fueron objeto. Jóvenes y adolescentes multiplican las explosiones de "violencia sin sentido". ¿Sin sentido? La pérdida de sentido parece ser la condición para seguir siendo. Jóvenes y adolescentes buscan en la droga el recurso para sobrellevar estas formas de inexistencia. Jóvenes y adolescentes son empujadas a la prostitución como "salida laboral". Jóvenes y adolescentes consideran que la "normalidad" preferible es ser víctimas de la violencia doméstica.

¿Qué les propone el "mundo adulto" a estos jóvenes? Gatillo fácil. Represión. Pegamento. Cerveza. Un porro. Dos. Ser los que llevan y traen. Los que mueren por un mango. Pizza, faso y birra, dicen. Cárceles. Manicomios. O ese lugar sin rejas que ellos viven como una cárcel: el trabajo esclavo en el campo. El trabajo por nada. El trabajo humillante.

Los 10 hijos de María perdieron a la madre. No tienen ni una carta que les enseñe cómo resistir, salvo la carta del olvido y la evasión. Alejandro, el mayor, cuida de sus hermanos. El no se va a ir del campo, dice. Su hermanita, de 11 años, prepara la mamadera del bebé. María no recupera la memoria. Sus hijos no logran mirar hacia el futuro. Sólo pueden pensar en la comida para hoy, para matar el hambre. Cultura de sobrevivencia, de despojo, de inmediatez, de pragmatismo.

Hablan de la dignidad. Hablan de los

> *"¿Qué les propone el 'mundo adulto' a estos jóvenes? Gatillo fácil. Represión. Pegamento. Cerveza. Un porro. Dos. Ser los que llevan y traen. Los que mueren por un mango. Cárceles. Manicomios."*

punteros políticos que llegan con una bolsa de comida para comprar el voto. Algunos dicen que no hay que aceptar esas bolsas de limosnas. Que no hay que venderse. Alejandro mira a sus nueve hermanos. "No hay que aceptar esa limosna", se dice en voz alta. "¿Qué comeremos mañana?". No pregunta. Calla. "Hace falta trabajo, no limosnas. Ni planes Trabajar, ni bolsas de comida. Tenemos manos, tenemos músculos, tenemos piernas. Podemos trabajar. No somos mendigos. No somos animales. Trabajo. Trabajo es lo que tenemos que exigir. No que reclamar. Trabajo." Dramatizamos la situación. El tema es: la dignidad.

Fabiana representa a una mujer, con cinco hijos. El puntero de la zona llega antes de la elección. Le ofrece una caja de comida. Fabiana dice que no. Su hermana dice que sí. Hacen un diálogo entre las dos. "Agarralo, no seas tonta", le dice la hermana. "Después votás a quien quieras". "No. No está bien eso. No está bien mentir. No está bien aceptar limosna. Somos personas". Dice Fabiana. "¿Y qué van a comer tus hijos?", pregunta su hermana. "Somos personas. Ellos, los políticos, piensan que a las personas se las compra y se las vende. Ellos se equivocan". Responde Fabiana. "Vos estás loca", dice su hermana. "Somos personas", repite Fabiana como escudo. "Somos personas". "Vos estás loca", repite la hermana.

Ellos no quieren a los punteros. Dicen que son los que llevan y traen limosnas. Dicen que son los que rompen los grupos solidarios. Dicen que son los que atontan a la gente con sus mentiras y sus mendrugos. Dicen que son los que se les meten en la casa antes de las elecciones y desaparecen el día después. Dicen que son los capataces del poder. Ellos piensan que tal vez la política pueda ser otra cosa. No esta manera de utilizar a la gente, de maladministrar la miseria. Ellos piensan que las elecciones sirven para dar trabajo a los punteros. Pero que todo lo que se puede esperar de las elecciones es lo que pasa antes: la bolsa de comida, un colchón, un trabajo temporario. Después, ya no pasa nada más. Dicen que no les gusta la política.

No estoy hablando de locura, sino de la normalidad capitalista. Estoy hablando de la Argentina del siglo XXI.

Antes de que oscurezca, los más chicos, los niños poriajhú, vienen con sus títeres recién hechos y muestran a los más grandes una obra preparadapor ellos después de enterarse de que los niños tienen derechos. Los títeres son hermanos que quieren estudiar. Sus padres no los pueden mandar a la escuela, que queda lejos, y los tienen trabajando la tierra junto a ellos. Los niños, con sus títeres gritan: "¡queremos ir a la escuela!, ¡queremos ir a la escuela!". Martina, mi hija, aplaude a los títeres, pero con sus cuatro años no entiende por qué los niños tienen que luchar para poder estudiar. Martina *no entiende la normalidad capitalista.*

A la noche, en el fogón, don Wichón cuenta las historias de la lucha por la tierra. Son historias que traen ecos de los bisabuelos tobas, wichis, guaraníes, desalojados violentamente por el conquistador. Son historias de los desaparecidos primeros, de los exterminados por el avance triunfal del capitalismo. Son historias que quedaron registradas en el color de la tierra. Las historias de los vencidos.

Don Wichón cuenta con voz pausada relatos de resistencia. Los nietos y bisnietos lo escuchan con atención. Miran sus manos, miran sus rostros. Su piel es la misma que la de aquellos desaparecidos que nadie recuerda ni nombra. Su pelo es el mismo. Su sangre, la que aquellos lograron fertilizar. Ellos son los mismos, comienzan a sospechar, los hijos de esa tierra, los primeros, los despojados. Don Wichón cuenta de La Forestal, y luego trae los relatos de las ligas agrarias. Don Wichón dice que hay otra forma de hacer política, no la de los punteros. El asegura que la política no es mala, que puede ser la forma en que la gente se vuelva persona. El asegura que la política puede ser noble, como lo fue para los muchachos de las ligas agrarias. El asegura que la política puede ser una causa, una entrega, un sacrificio, no una carrera personal, no un sálvese quien pueda. El cuenta con orgullo las historias de la resistencia. Nadie queda para contarlas, él dice. Su voz es la voz de todos los que tiñeron de rojo la bandera. Don Wichón tiene una voz grave, una voz de circunstancia. Por él dicen su palabra los que callaron. Por él hablan los caídos.



Rita lo escucha. Es la voz de su padre. Luis escucha. Es la voz de su abuelo. Alejandro escucha. Es la voz de su madre. El fuego acompaña las sombras que pueblan la noche chaqueña. El fuego arde alumbrando rebeldías. El cielo está poblado de estrellas y la luna, más grande y más hermosa que nunca, acaricia con su pálida luz los rostros de los jóvenes niños que escuchan los cuentos del abuelo. Ellos cantan un chamamé que habla de la inundación. Aquí todo resulta verdadero. Hasta el hambre. Aquí todo parece verdadero. Hasta la luna.

Pero las historias se van apagando como el fuego. Cada cual se encuentra con su historia personal. Los sin tierra, sin trabajo, sin escuela, sin futuro, al menos van encontrándose con sus raíces, con su memoria. Los hijos de María se apiñan al lado del fuego y beben como el agua en el desierto las palabras de don Wichón.

Juntos escuchamos una canción de Teresa Parodi. Teresa canta desde la tierra misma de su voz: "dónde están mis compañeros/ no puedo cantar si no tengo su fuego." Alrededor del fogón, los jóvenes *van nombrando a los compañeros.* Los que van por el mismo camino, los poriajhú que todavía no conocemos, el papá de Rita, los que lucharon con don Wichón desde hace siglos, los mapuches que conocieron en algún otro cruce de caminos, los sin tierra del Brasil, los trabajadores que cortaron el puente que une al Chaco con Corrientes, los estudiantes de agronomía que hacen pasantías en sus casas y en sus campos, los desocupados, los piqueteros, los que regaron la historia con su sangre, sus madres, sus hijos, los que siguen, las canciones de Teresa.

En la mañana siguiente, el cielo está claro. De las palabras de don Wichón sólo restan las cenizas del fogón. Sobre algunas pocas brasas se calienta el mate. Les pedimos que hagan preguntas en pequeños grupos:

–¿*Cuál es la causa de las injusticias?*

–¿Desde cuándo es así la vida? –¿Hasta cuándo?

–¿Por qué no hay trabajo?

–¿Por quién?

Comienzan a responder sus preguntas en pequeños grupos. Resumen su respuesta en dos dibujos. El mundo como es hoy. Una pirámide. Los de abajo, ellos, los más. Los de arriba, los menos, los que los aplastan. Dibujan el mundo como les gustaría que fuera. Un círculo. Sin vértice. Sin centro. Un mundo en el que todo circula.

"¡Qué locuras soñamos!". Se ríen orgullosos de su ocurrencia. Un mundo redondo. Un mundo sin jerarquías. ¡Qué locura!

Nuevamente en grupos, leen con dificultad, frase a frase, un artículo del Che. Algunos llevan al Che en su remera. El Che está pegado en una pared del improvisado local de los Poriajhú. Pero por primera vez conocen su palabra. El texto se llama "El socialismo y el hombre en Cuba".

El Che dice: "Luchamos contra la explotación, pero también luchamos contra la alienación". ¿Qué significa?

A propósito de la alienación

(Paréntesis necesario)

En los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844, Carlos Marx planteaba el tema del "trabajo enajenado" como la negación de la esencia humana. Expresaba que la alienación aparece en determinada situación histórica, cuando el trabajo deja de ser la forma de ascender de lo natural a lo humano, cuando sus productos no le pertenecen, y ya no se reconoce en ellos, sino que le son extraños, ajenos. Decía Marx que el trabajo, lejos de servir a las necesidades *humanas*, se convierte para el obrero en una esclavitud, en una actividad que cumple obligada y penosamente. En ese trabajo se siente fuera de sí mismo y sólo fuera del trabajo, se siente dueño de sí.



Sin embargo, las condiciones de desarrollo del capitalismo se han modificado en el siglo pasado agregando a la explotación, el mecanismo perverso de la exclusión. En esta situación, crecen los factores de alienación que presionan, no sólo sobre el trabajador que no se reconoce en su producto, sino también sobre el que no logra siquiera acceder a su condición de productor o de creador. La inseguridad, la precarización, la pérdida de autoestima afectan al conjunto de los grupos sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo.

El hombre ya no puede realizarse en el producto de su trabajo. No es dueño de sí mismo en ningún momento de su vida. Vive desesperado por sobrevivir, pierde la autoestima y se debilita profundamente su capacidad de actuar como un ser autónomo. Se vuelve así más vulnerable al discurso dominante, que lo hace responsable por la pérdida del trabajo. Esta situación de debilidad favorece la alienación, porque conduce a los hombres y mujeres a asumir los valores y modelos hegemónicos en la sociedad, frente a la necesidad de apoyarse en elementos externos a sí mismos.

Otro factor que conduce a una exacerbada alienación es la sobreadaptación. Surge del intento de ajustarse a la dinámica laboral actual, de acuerdo con los requerimientos que impone la flexibilización laboral. Sobre la base de la indefensión generalizada, se establece el discurso social que pone el énfasis en que la capacidad personal determina el mantenimiento o no del empleo. En consecuencia el desempleo es vivido como fracaso personal, no como producto de un sistema injusto. La vía para sobrevivir es la salvación individual a cualquier costo. Por este camino se han ido liquidando solidaridades y perdiendo conquistas históricas de los trabajadores, logradas en un siglo de resistencia anticapitalista. Estas situaciones se refuerzan por la pérdida de capacidad de los grupos para contener sus crisis. La impotencia se instala en los grupos con la modalidad de "internismo", deteriorando la capacidad de generar respuestas colectivas y de construir identidades solidarias.

La Organización Mundial de la Salud, en el año '97, caracterizó los efectos de este sistema, como "catástrofe epidemiológica", señalando que provocó un daño psicológico comparable al de una guerra mundial. La depresión, junto con distintas formas del síndrome de pánico, se convirtieron en las principales enfermedades. Según el informe de la OMS, la falta de perspectivas y proyectos es la razón fundamental de distintas formas de enfermedad mental.

Esta situación es producto, entre otros factores, de una realidad en la que el terror modeló nuestra conciencia social. El terrorismo de Estado enseñó que, para conservar la vida, era necesario negar los valores, los sueños, los ideales y hasta las nociones que teníamos de nosotros mismos, y de nuestras relaciones, de nuestra historia y de nuestros proyectos individuales y colectivos. El terrorismo económico, que utiliza como punta de lanza de su agresión la desocupación, nos enseñó que para vivir cada día penosamente, es necesario resignar en muchas ocasiones los valores de solidaridad, de cooperación, de dignidad, y entregar sin resistir los derechos conquistados históricamente por los trabajadores y el movimiento popular.

La crisis de identidad afecta especialmente a los jóvenes, que en una importante proporción no podrán nunca acceder al trabajo y para quienes las preguntas por el propio destino no encuentran respuestas. Ante la debilidad de los proyectos, ante la ausencia de expectativas de cambios, los jóvenes no logran reconocerse a sí mismos, y sus potencialidades les resultan ajenas o son vividas como inexistentes. La idea misma de un cambio profundo les resulta, en el mejor de los casos, "una locura", y el asumirse como protagonistas decisivos del mismo, casi impensable.

El consumismo es también inherente al modelo cultural del capitalismo neoliberal. No es resultado de una moda, sino producto de la necesidad de expansión de las ganancias capitalistas, que han hecho de lo descartable el mecanismo para reiniciar una y otra vez el ciclo de producción. En lógica capitalista actual, todo está hecho para ser destruido mañana, descartado, reemplazado, de manera que el proceso productivo recomience una y otra vez en forma cada vez más rentable.

La cultura de lo efímero, de lo light, de lo intrascendente permea el imaginario de una sociedad previamente fragilizada por el terror y dificulta las posibilidades de elaboración de proyectos propios. El "hombre consumidor" propuesto por el modelo es el hombre permanentemente insatisfecho: En este modelo, el consumo es factor de angustia y depresión. A los que no pueden acceder a la ruleta rusa del consumismo, les queda como marca grabada el estigma de la impotencia. En los que acceden, los estímulos actúan sobre cada ser individualmente como una adicción. Se sienten compelidos a llegar siempre al último modelo. En esta lógica, también hay seres humanos de primera y de segunda. Los incluidos, desesperados por adquirir, y los excluidos, los descartables. La dominación ha logrado un éxito, fundamentalmente, en el plano cultural.

> *"La cultura de lo efímero, de lo light, de lo intrascendente permea el imaginario de una sociedad previamente fragilizada por el terror y dificulta las posibilidades de elaboración de proyectos propios."*

Sin embargo, los descartados no siempre resultan descartables. Frente a la lógica de la crueldad capitalista, de la locura capitalista, de la muerte promovida por el sistema, comienza a rebelarse todo lo que de vida hay en el corazón y en la conciencia de los hombres. Con más o menos espontaneidad, con más o menos conciencia, estallidos de dignidad se producen en distintos rincones del país, en aquellas provincias y en aquellas regiones declaradas inviables por el ca- ▶

"...tiempos del cólera"

...KOROL



los que siguen, las canciones de Teresa.

En la mañana siguiente, el cielo está claro. De las palabras de don Wichón sólo restan las cenizas del fogón. Sobre algunas pocas brasas se calienta el mate. Les pedimos que hagan preguntas en pequeños grupos:

–¿Cuál es la causa de las injusticias?

–¿Desde cuándo es así la vida? –¿Hasta cuándo?

–¿Por qué no hay trabajo?

–¿Por quién?

Comienzan a responder sus preguntas en pequeños grupos. Resumen su respuesta en dos dibujos. El mundo como es hoy. Una pirámide. Los de abajo, ellos, los más. Los de arriba, los menos, los que los aplastan. Dibujan el mundo como les gustaría que fuera. Un círculo. Sin vértice. Sin centro. Un mundo en el que todo circula.

"¡Qué locuras soñamos!". Se ríen orgullosos de su ocurrencia. Un mundo redondo. Un mundo sin jerarquías. ¡Qué locura!

Nuevamente en grupos, leen con dificultad, frase a frase, un artículo del Che. Algunos llevan al Che en su remera. El Che está pegado en una pared del improvisado local de los Poriajhú. Pero por primera vez conocen su palabra. El texto se llama "El socialismo y el hombre en Cuba".

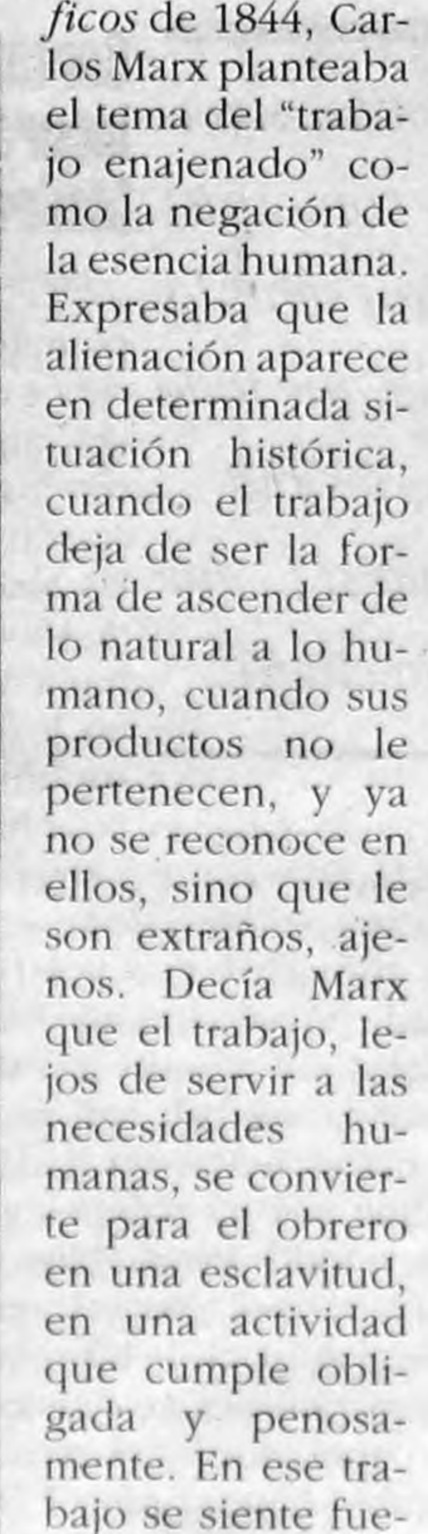
El Che dice: "Luchamos contra la explotación, pero también luchamos contra la alienación". ¿Qué significa?

A propósito de la alienación

(Paréntesis necesario)

En los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844,





Carlos Marx planteaba el tema del "trabajo enajenado" como la negación de la esencia humana. Expresaba que la alienación aparece en determinada situación histórica, cuando el trabajo deja de ser la forma de ascender de lo natural a lo humano, cuando sus productos no le pertenecen, y ya no se reconoce en ellos, sino que le son extraños, ajenos. Decía Marx que el trabajo, lejos de servir a las necesidades humanas, se convierte para el obrero en una esclavitud, en una actividad que cumple obligada y penosamente. En ese trabajo se siente fuera de sí mismo y sólo fuera del trabajo, se siente dueño de sí.

Sin embargo, las condiciones de desarrollo del capitalismo se han modificado en el siglo pasado agregando a la explotación, el mecanismo perverso de la exclusión. En esta situación, crecen los factores de alienación que presionan, no sólo sobre el trabajador que no se reconoce en su producto, sino también sobre el que no logra siquiera acceder a su condición de productor o de creador. La inseguridad, la precarización, la pérdida de autoestima afectan al conjunto de los grupos sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo.

El hombre ya no puede realizarse en el producto de su trabajo. No es dueño de sí mismo en ningún momento de su vida. Vive desesperado por sobrevivir, pierde la autoestima y se debilita profundamente su capacidad de actuar como un ser autónomo. Se vuelve así más vulnerable al discurso dominante, que lo hace responsable por la pérdida del trabajo. Esta situación de debilidad favorece la alienación, porque conduce a los hombres y mujeres a asumir los valores y modelos hegemónicos en la sociedad, frente a la necesidad de apoyarse en elementos externos a sí mismos.

Otro factor que conduce a una exacerbada alienación es la sobreadaptación. Surge del intento de ajustarse a la dinámica laboral actual, de acuerdo con los requerimientos que impone la flexibilización laboral. Sobre la base de la indefensión generalizada, se establece el discurso social que pone el énfasis en que la capacidad personal determina el mantenimiento o no del empleo. En consecuencia el desempleo es vivido como fracaso personal, no como producto de un sistema injusto. La vía para sobrevivir es la salvación individual a cualquier costo. Por este camino se han ido liquidando solidaridades y perdiendo conquistas históricas de los trabajadores, logradas en un siglo de resistencia anticapitalista. Estas situaciones se refuerzan por la pérdida de capacidad de los grupos para contener sus crisis. La impotencia se instala en los grupos con la modalidad de "internismo", deteriorando la capacidad de generar respuestas colectivas y de construir identidades solidarias.

La Organización Mundial de la Salud, en el año '97, caracterizó los efectos de este sistema, como "catástrofe epidemiológica", señalando que provocó un daño psicológico comparable al de una guerra mundial. La depresión, junto con distintas formas del síndrome de pánico, se convirtieron en las principales enfermedades. Según el informe de la OMS, la falta de perspectivas y proyectos es la razón fundamental de distintas formas de enfermedad mental.

Esta situación es producto, entre otros factores, de una realidad en la que el terror modeló nuestra conciencia social. El terrorismo de Estado enseñó que, para conservar la vida, era necesario negar los valores, los sueños, los ideales y hasta las nociones que teníamos de nosotros mismos, y de nuestras relaciones, de nuestra historia y de nuestros proyectos individuales y colectivos. El terrorismo económico, que utiliza como punta de lanza de su agresión la desocupación, nos enseñó que para vivir cada día penosamente, es necesario resignar en muchas ocasiones los valores de solidaridad, de cooperación, de dignidad, y entregar sin resistir los derechos conquistados históricamente por los trabajadores y el movimiento popular.

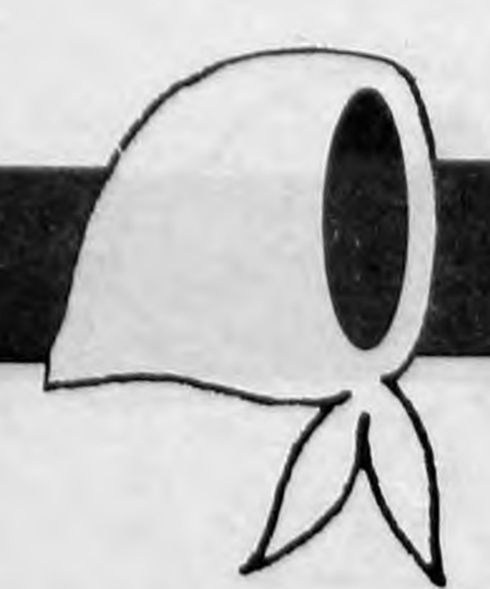
La crisis de identidad afecta especialmente a los jóvenes, que en una importante proporción no podrán nunca acceder al trabajo y para quienes las preguntas por el propio destino no encuentran respuestas. Ante la debilidad de los proyectos, ante la ausencia de expectativas de cambios, los jóvenes no logran reconocerse a sí mismos, y sus potencialidades les resultan ajenas o son vividas como inexistentes. La idea misma de un cambio profundo les resulta, en el mejor de los casos, "una locura", y el asumirse como protagonistas decisivos del mismo, casi impensable.

El consumismo es también inherente al modelo cultural del capitalismo neoliberal. No es resultado de una moda, sino producto de la necesidad de expansión de las ganancias capitalistas, que han hecho de lo descartable el mecanismo para reiniciar una y otra vez el ciclo de producción. En lógica capitalista actual, todo está hecho para ser destruido mañana, descartado, reemplazado, de manera que el proceso productivo recomience una y otra vez en forma cada vez más rentable.

La cultura de lo efímero, de lo light, de lo intrascendente permea el imaginario de una sociedad previamente fragilizada por el terror y dificulta las posibilidades de elaboración de proyectos propios. El "hombre consumidor" propuesto por el modelo es el hombre permanentemente insatisfecho: En este modelo, el consumo es factor de angustia y depresión. A los que no pueden acceder a la ruleta rusa del consumismo, les queda como marca grabada el estigma de la impotencia. En los que acceden, los estímulos actúan sobre cada ser individualmente como una adicción. Se sienten compelidos a llegar siempre al último modelo. En esta lógica, también hay seres humanos de primera y de segunda. Los incluidos, desesperados por adquirir, y los excluidos, los descartables. La dominación ha logrado un éxito, fundamentalmente, en el plano cultural.

"La cultura de lo efímero, de lo light, de lo intrascendente permea el imaginario de una sociedad previamente fragilizada por el terror y dificulta las posibilidades de elaboración de proyectos propios."

Sin embargo, los descartados no siempre resultan descartables. Frente a la lógica de la crueldad capitalista, de la locura capitalista, de la muerte promovida por el sistema, comienza a rebelarse todo lo que de vida hay en el corazón y en la conciencia de los hombres. Con más o menos espontaneidad, con más o menos conciencia, estallidos de dignidad se producen en distintos rincones del país, en aquellas provincias y en aquellas regiones declaradas inviables por el ca- ▶



pital. Los inviables son personas, ellos dicen, y niegan su negación apareciendo súbitamente en puentes, en caminos, en poblados, valientes, osados, resistentes, enfrentando "irracionalmente" al poder, y a todos los mecanismosconstruidos para sostenerlo y reproducirlo. A contramano de las teorías que proponen optar siempre por el mal menor, adaptarse, transar, una y otra vez, los oprimidos se sublevan en estallidos de furia, de indignación, de dignidad, y ponen en jaque la normalidad capitalista.



La resistencia, desde el centro mismo de la locura

En Famaillá, provincia de Tucumán, funcionó uno de los primeros campos de concentración, creado por el general Bussi. Una sobreviviente de ese campo, que paradójicamente funcionaba en la Escuelita, relataba posteriormente la profunda crisis que había sufrido, que afectó su propia identidad y su sentido de realidad. Al no poder confirmar sus vivencias del horror con otras personas que hubieran sentido lo mismo, llegó a creer que todo era producto de su propia imaginación. No sabía si lo que recordaba había sucedido.

Un hecho fue decisivo para su recuperación: durante el Juicio a las Juntas, vio por TV a otro sobreviviente del mismo campo, que relató con detalles cómo era éste, y cómo habían estado los que pasaron por él. Al confirmar su versión interna con la de ese compañero, inició un doloroso y lento proceso de recuperación.

Más allá de esta historia individual, el tema de lo sucedido en la Escuelita de Famaillá fue tabú durante mucho tiempo en esa población. Años después, la policía mató en una comisaría a un joven, César Mansilla. El pueblo, que durante tantos años había callado, comenzó a realizar marchas de silencio. La masividad fue sorprendente. En el reclamo de justicia por César, se concentraron muchos de los silencios y olvidos producidos por el terror. En este tiempo, las maestras de la Escuelita comenzaron a ver "aparecidos".

Algunos dijeron que se estaban volviendo locas. Pero era, justamente, el momento en que comenzaban a alejarse de la enajenación colectiva, del silencio multiplicado, de la complicidad agobiante. ¿Quiénes eran los "aparecidos"? Eran los fantasmas que rondaban las noches de Famaillá. Eran sus gritos desgarrando el silencio de quienes no querían oír. Eran nuestros compañeros que regresaban de todas las muertes sufridas. Y podían hacerlo por la movilización generada en el pueblo, por la recuperación de valores, por el restablecimiento de pautas de resistencia y de solidaridad, por la búsqueda de justicia.

Es precisamente en la lucha, en la praxis social, en la que se recuperan valores, se construyen identidades, se reconocen pertenencias, se transforman hombres y mujeres en protagonistas de su propia historia, se elaboran posibilidades de actuación autónoma, se constituyen sujetos con historia y con proyecto. No más Marías.

Es significativo constatar en regiones excluidas del país, donde miles de hombres, mujeres y niños han protagonizado luchas por la sobrevivencia, el valor que han tenido estas luchas –especialmente los "cortes de rutas" convertidos en verdaderas puebladas– en la afirmación de la identidad de la gente. Más allá de los logros concretos o circunstanciales que se obtuvieron con estas medidas de fuerza, las acciones masivas y colectivas fueron reconstituyentes de la autoestima individual y social; no sólo la de aquellos que participaron en éstos, que sintieron el poder que tienen cuando están unidos y organizados, sino también para otros, los que no estuvieron allí, pero pudieron identificar su drama individual, en el drama colectivo.

Así como la sobreviviente de la Escuelita de Famaillá comenzó a "recuperarse" cuando se identificó en el relato de otra persona que había tenido su misma vivencia, estos sobrevivientes del terrorismo económico –potencialmente todo el pueblo argentino– desarrolla procesos de recomposición de su conciencia, de sus estados de ánimo, de su capacidad de resistencia, de su subjetividad, al lograr salir de la vivencia atemorizante del drama de la desocupación, vivido como castigo individual, hacia la posibilidad de pensar esa misma vivencia como consecuencia de una condición social injusta e inhumana, que puede y corresponde ser enfrentada colectivamente.

La necesidad de identificarnos nuevamente nos obliga a discriminar individual y socialmente lo que creímos ser y no éramos, lo que quisimos ser y no fuimos, pero sobre todo, lo que somos y lo que podríamos ser. Requiere des-aprender lo aprendido, para poder con una nueva praxis social, ir produciendo una ruptura tanto de las identificaciones con el dominador, como con las posibles identificaciones en el lugar de las víctimas. "Somos personas." Dijo Fabiana.

> *"Al no poder confirmar sus vivencias del horror con otras personas que hubieran sentido lo mismo, llegó a creer que todo era producto de su propia imaginación. No sabía si lo que recordaba había sucedido."*

Cortázar, la locura, las Madres

"Y el día en que los plumíferos y los sicarios de la junta militar argentina echaron a rodar la calificación de "locas" a las Madres de Plaza de Mayo, más les hubiera valido pensar en lo que precede, suponiendo que hubieran sido capaces, cosa harto improbable. Estúpidos como corresponde a su fauna y a sus tendencias, no se dieron cuenta de que echaban a volar una inmensa bandada de palomas que habría de cubrir los cielos del mundo con su mensaje de angustiada verdad, con su mensaje que cada día es más escuchado y más comprendido por las mujeres y los hombres libres de todos los pueblos. Como no tengo nada de politólogo y mucho de poeta, veo el curso de la historia como los calígrafos japoneses sus dibujos: hay una hoja de papel, que es el espacio y también el tiempo, hay un pincel que una mano deja correr brevemente para trazar signos que se enlazan, juegan consigo mismo, buscan su propia armonía y se interrumpen en el punto exacto que ellos mismos determinan. Sé muy bien que hay una dialéctica de la historia (no sería socialista si no lo creyera), pero también sé que esa dialéctica de las sociedades humanas no es un frío producto lógico como lo quisieran tantos teóricos de la historia y la política. Lo irracional, lo inesperado, la bandada de palomas, las Madres de Plaza de Mayo irrumpen en cualquier momento para desbaratar y trastrocar los cálculos más científicos de nuestras escuelas de guerra y de seguridad nacional... Sigamos siendo locos, argentinos: no hay otra manera de acabar con esa razón que vocifera sus slogans de orden, disciplina y patriotismo. Sigamos lanzando las palomas de la verdadera patria a los cielos de nuestra tierra y de todo el mundo."

Julio Cortázar escribía desde el exilio su "nuevo elogio a la locura" encarnando la resistencia y la dignidad en la figura de las Madres de Plaza de Mayo. Julio Cortázar, que supo dibujar la rayuela que nos permitió a varias generaciones de lectores suyos alcanzar el cielo, que nos permitió ser cronopios, esperanzas y reconocer nuestro costado de famas, que supo encontrarnos con la Maga en tiempos en que mandaba la Razón, que supo hacer de la coherencia intelectual un legado, abría así pistas para la recuperación de nuestros cuerpos y de nuestras almas, atravesados desde entonces por el terror. "Sigamos siendo locos, argentinos" nos pedía. Nos incitaba a buscar "lo irracional, lo inesperado, la bandada de palomas".

La creación, la imaginación, la subversión de los sentidos son imprescindibles para poder volar. Las Madres no son sólo madres. Son palomas. Cuando resisten, cuando marchan, cuando gritan, cuando insultan la razón, cuando descubren las costillas que sostienen al sistema, cuando no se postran ante el dinero como frente a un dios, cuando lo desprecian, cuando denuncian al poder y a sus cómplices, cuando llegan con sus hijos indemnes a la Plaza de la Revolución en la herejía cubana, cuando enarbolan su locura como resistencia a la cordura institucionalizada a diestra y a siniestra, las Madres nos ayudan a volar. Un mundo redondo para los jóvenes poriajhú. Memoria para María. Dignidad para Fabiana. Resistencia para don Wichón. Justicia para Luis. Trabajo para Alejandro. Educación para los niños. Alas para Rita. Madres para los hijos. Hijos para las madres. Una rayuela para llegar al cielo. Una luna llena para todos.

** Claudia Korol es educadora popular, docente de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, periodista, secretaria de redacción de la revista* América Libre